

PiNOCHO

AÑO. IV
NUM. 154

25 cts

29 ENERO
1928



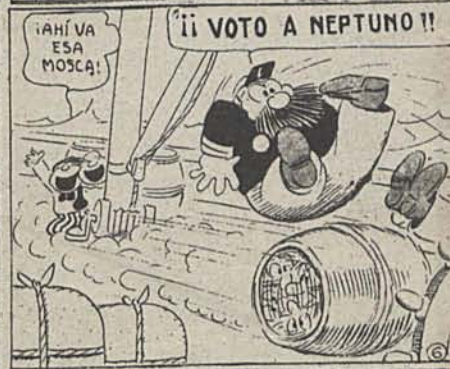
- VAMOS A VER, ¿SABES TÚ CUAL ES
EL DIA MAS CORTO DEL AÑO?
- SI EL DOMINGO.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EL ESCUAVO DE SOMALIA

CUENTO POR EMILIO SALGARI

(Continuación)

—¡Ah! ¿Eres tú quien ha hecho estallar el barco pirata? —preguntó el marinero estupefacto—. ¿Y por qué has matado a todos aquellos bribones?

—Porque soy amigo de los italianos —respondió el morito, mientras vendaba la herida del único superviviente de la goleta.

—¿Qué te han hecho mis compatriotas para quererles?

—Me libraron de la esclavitud, matando a los que me habían robado, sacándome de mi aldea.

—¿Y cómo caíste en manos de los piratas?

—Me hicieron prisionero hace seis meses, a bordo de un barco somalí que debía conducirme a Merka para confiarme al gobernador de aquella ciudad.

—¿Eres somalí?

—Sí, y mi padre era tío del sultán On-Ta-Kor.

—Eres un buen muchacho. —dijo conmovido el marinero—. Nadie a tu edad hubiese tenido tanto valor. ¡Lástima que el barco haya estallado tan tarde! Mis compañeros han sido muertos todos, ¿verdad?

—Todos han muerto, sí, señor —contestó el morito—. Los piratas los han destrozado con sus cañones; pero ellos están en el fondo del mar y ya no harán daño a nadie. ¡Perros, más que perros! ¡Malas bestias!

El marinero se había puesto en pie. Su herida, causada por la caída de una antena, era más dolorosa que peligrosa y se sentía con fuerzas.

—¡Pobre capitán y pobres compañeros! —dijo con voz triste, después de haberlos examinado uno a uno para comprobar que estaban verdaderamente muertos—. ¿Qué podrá hacer ahora el pobre contraestre Pappione, solo en su *Gorgona* desarbolada y casi llena de agua?

—También estoy yo aquí —dijo el morito— y estoy pronto a ayudarte, amigo italiano.

—No me podrás prestar mucha ayuda, chiquillo —contestó el viejo—. La goleta hace agua y no tardará en hundirse; todos los botes han sido agujereados por las balas de los árabes.

—Las costas de Somalia no están lejanas, y yo tengo allí amigos y parientes. Nosotros salvarnos, italiano.

—Veremos —contestó el marinero—. Ea, no perdamos el valor. Demos sepultura a los muertos antes que el sol los corrompa, y en seguida trataremos de alcanzar las costas de Somalia, que ya empiezan a vislumbrarse.

La goleta que los piratas habían asaltado para sa-

quearla era un hermoso barco de trescientas toneladas, y que podía haber seguido navegando durante largos años si las balas de los dos cañones no la hubiesen puesto en aquel miserable estado.

Había dejado el puerto de Liorna un mes antes, con carga diversa, compuesta en su mayor parte de quincalla, objetos de barro cocido, vinos y licores destinados a varios comerciantes italianos y griegos de Merka, una de las principales plazas de la colonia italiana de Benadir.

La navegación, a través del Mediterráneo primero y del mar Rojo después, había sido feliz en extremo, sin tempestades ni peligrosas ráfagas, y la nave habría llegado seguramente a Merka sin el brutal ataque de los piratas, que había costado la vida a casi toda la tripulación.

El contraestre Pappione, después de haber echado los cadáveres al mar, no sin grandes suspiros, bajó con el morito a la bodega para ver si el agua aumentaba y si había peligro de que la *Gorgona* se hundiese antes de llegar a las costas africanas, hacia las cuales era empujada por una corriente bastante fuerte.

La bodega estaba ya medio llena de agua; pero pudo observar con alegría que si bien su nivel aumentaba lo hacía lentamente. Quizá alguna caja se había apoyado contra el agujero producido por aquel maldito proyectil y retrasaba su entrada.

—Empiezo a tener esperanzas

—dijo al morito que le miraba con ansiedad.

—¿Llegar a la costa? preguntó Sadi.

—Si podemos resistir tres o cuatro horas, llegaremos a tierra.

Subieron a cubierta, satisfechos entrambos de su inspección.

Un sol espléndido, alto ya, vertía torrentes de fuego sobre el mar, y el cielo era de una pureza indiscutible, sin la menor nube.

La isla de Sacotra estaba ya lejos y se distinguía vagamente, mientras la costa africana se hacía cada vez más visible.

La corriente, que debía ser rapidísima, empujaba a la goleta en aquella dirección.

Pero ya la costa estaba muy cerca. Era una playa árida, arenosa, con escasos árboles casi quemados por el sol ecuatorial, sin chozas y sin habitantes.

El morito, que contemplaba la costa ávidamente, empezó de pronto a saltar y en seguida a bailar en torno del contraestre.





—¿Qué te pasa, muchacho? —preguntó el marinero sorprendido—. ¿Te has vuelto loco?

—¡Yo conocer esa costa! ¡Sí, conocer esas tres montañas! ¡Es mi país! ¡Mi país!

—¿Dónde está tu pueblo?

—Allí, entre los montes.

—Me alegro de veras, hijo mío, que puedas volver al lado de tus padres.

El rostro del morito se puso triste de pronto.

—¡Mis padres! —dijo— quizás han muerto. Cuando los árabes malos llegaron para coger esclavos, quemaron todo el pueblo. ¡Bum! ¡Bum! Muchos fusiles y muchos muertos.

—¿Quién sabe si alguno de los tuyos habrá escapado a la matanza!

—Yo no esperarlo —dijo el morito con los ojos llenos de lágrimas.

—Entonces, querido, no iremos hasta aquellos montes. Procuraremos regresar al país de los italianos, si no te desagrada.

—Yo querer italianos... sí, marchar con italianos, mis bienhechores.

—La leña aquí no falta —dijo el contramaestre— construiremos una balsa y trataremos de atravesar de nuevo el estrecho de Bab-el-Mandeb y llegar a Anab. Te conideraré como hijo mío y vendrás conmigo. ¿Quieres?

—Italianos ser buenos; yo te doy gracias como si fueses padre mío.

Un choque violento que les hizo caer a entrambos sobre el puente, interrumpió su conversación.

Durante unos instantes oyeron crujidos, después la popa de la goleta se levantó, y el barco se inclinó a un costado con un estruendo inmenso.

La *Gorgona*, arrastrada por la corriente, había naufragado entre los escollos de la costa, destrozándose todo el costado derecho.

—Ya no nos hundiremos más —dijo el contramaestre—. La *Gorgona* estaba ya perdida, y si no llega a encallar se va a pique. Morito mío, vamos en busca de la comida, y después ya veremos el modo de construir una balsa. Lo malo es si la despena ha quedado debajo del agua y sería una grave pérdida para nosotros. Vamos a ver si podemos encontrar algo que llevarnos a la boca.

Había gran número de cajas y cajones, llenos quizá de quincallería y objetos de cambio destinados a los comerciantes de Merka y Magadisch.

El contramaestre trató de meterse en la despena, que se encontraba en popa, y comprobó con dolor, que había sido invadida por el agua.

—¡Estamos divertidos, pobre morito —le dijo—. ¿Qué nos llevaremos a la boca?

—¿No contienen víveres estas cajas —preguntó Sadi.

—Sólo se que el capitán embarco una infinidad de cosas por cuenta de los comerciantes de Liorna; pero no creo que sirvan de nada para nuestras barrigas.

Habíanse parado ante un enorme cajón que había quedado casi por completo fuera del agua. Encima había dibujadas unas botellas.

—¡Vive Dios! —dijo rascándose la nariz—. Si no encontramos de qué comer, tendremos por lo menos de qué beber. Veamos lo que hay ahí dentro. No habrán pintado botellas por capricho.

—Yo ver otras cajas de botellas, italiano.

—Ya las abriremos después.

El contramaestre, que olía ya el vino toscano y los licores, cogió un cuchillo, y empezó a desclavar las tablas.

Dentro había botellas y paquetes y paquetitos en gran número.

—¡Rayos y centellas! —exclamó agarrando rápidamente una de aquellas botellas—. ¡Aquí hay un verdadero tesoro! ¡Productos de nuestro compatriota Vaccasil! ¡Cosa fina que haría la fortuna de una tribu de negros! ¡Amargo Salud! ¡Mi licor favorito!... ¿Y esta botella? ¡Licor Falliano!

—¿Y ésta? —preguntó el morito, cogiendo otra botella.

—*Crema de chocolate* —leyó el contramaestre—. Un licor que no tiene rival en el mundo. Te chuparás los dedos, morito mío, cuando lo hayas probado.

Decapitó una botella de *Salud* y se puso a beber ávidamente.

Había encontrado su licor favorito, que según él, le daba la fuerza de un león.

Llevaba echados tres o cuatro tragos del delicioso licor, cuando oyó gritos fuera del barco.

—¡Rayos y centellas! —exclamó palideciendo—. ¿Quién viene a estropear nuestra comida?

Ambos habíanse lanzado fuera sin soltar las botellas. Cuatro negros, salidos no se sabe de donde, estaban trepando por el costado del barco, aprovechando su inclinación.

Eran delgadísimos, con grandes ojos que parecían de porcelana, con numerosos amuletos colgados del cuello y de los brazos, casi desnudos, llevando sólo un trapo de un color indefinible en torno de la cintura.

Los cuatro iban armados de lanzas cortas, especie de jabalinas, que los somalís lanzan con incomparable destreza a una distancia considerable.

Viendo a los dos marineros, habíanse detenido mirándoles curiosamente y sin manifestar, de momento, intenciones hostiles.

—Ser negros de la montaña —dijo Sadi que les observaba atentamente.

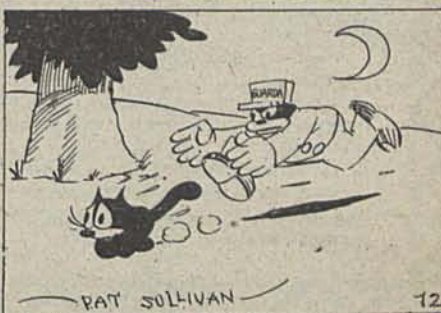
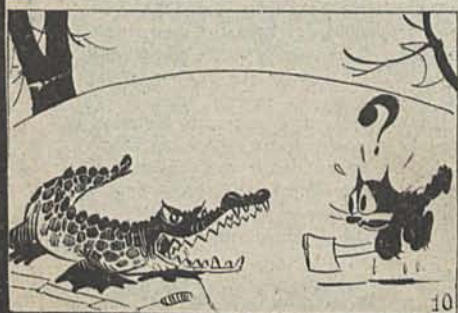
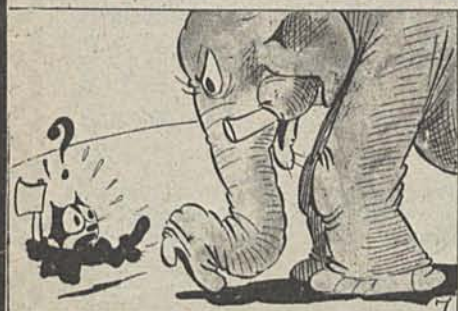


(Concluirá en el número próximo.)

LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA.



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO





EL TORPEDERO DE PRESA

Dor A. M. GIANELLA

(Continuación)

Un atento observador habría visto como sir Baker y Guillermo Jones cambiaban en aquel momento una rápida mirada maliciosa y una leve sonrisa.

Quizá a algunos de nuestros pacientes lectores les parezca poco menos que increíble, por su odiosidad, la providencia excepcional y algo arbitraria tomada por las autoridades americanas, impidiendo, sin distinción alguna, a pesar de los grandes perjuicios que se les ocasionaban, que desembarcasen ni uno sólo de los pasajeros del vapor correo *Federiks*.

Pero hay que considerar que se trataba de entregar a la justicia uno de los más peligrosos malandrines vivientes: un hombre que aterraba a los navegantes de todas las naciones.

Pues conocida la existencia del capitán Rodolfo de Barenval y aceptada la falsedad del naufragio de un torpedero a él se le atribuían todos los crímenes cometidos por la misteriosa y potente nave apresadora, que recorría el Gran Océano y que todos los periódicos del mundo habían señalado, reclamando enérgicas medidas.

¿Estaba a bordo del *Federiks* el temible jefe de los fugitivos del Nou?

¿Bajo qué nombre se ocultaba?

En la ignorancia que todos estaban, se esperaba con febril impaciencia la llegada del *Gascuña*?

Acercábase media noche y el puerto de Nueva York estaba envuelto en una de aquellas densas neblinas otoñales, bajas e inmóviles, que parecen enormes capas de gelatina impalpable, suspendida entre cielo y tierra.

No se veía a dos pasos de distancia, y los faroles de los barcos y del puerto apenas brillaban, cual pequeñas llamas sin rayos, perdidas en un mar aéreo.

A bordo del *Federiks* reinaba una gran quietud y se hubiese podido creer que todos los pasajeros y tripulantes dormían profundamente, si de repente no hubiesen surgido de las sombras cuatro bultos, que se movían lentamente y con mucho cuidado, apoyándose en la borda de estribor y avanzando hacia proa.

—¡Alto! —murmuró de pronto la sombra que iba en cabeza.

—¿Es aquí? —preguntó la segunda, en un tono que demostraba que aquella sombra era una mujer.

—Así creo. Escuchen.

—¡Qué!

—¿No oyen cantar bajito?

—Sí.

En efecto, oíase la voz de un hombre que más que cantar murmuraba entre dientes una melodía que no era posible discernir.

La primera sombra hizo oír unos cuantos golpes de tos, lo cual acabó de demostrar que no se trataba de un fantasma, de un ser impalpable, sino de un verdadero cuerpo humano provisto de vitalidad.

El hombre que cantaba callóse de repente, y queriendo convencerse de quiénes eran los que iban a su encuentro, dijo como para sí, entre dientes.

—Hace frío.

—Verdad.

—¡Ah, sir Baker! —¡Hermosa noche para un paseo en barca!

—¿Por qué no?

—Hay una gran niebla... favorable...

Al oír aquella respuesta, que era seguramente cosa conveniente, sir Jorge Baker se dirigió a sus compañeros y les dijo:

—Es mi hombre. Podemos fiarnos.

—Sí, soy yo —confirmó el barquero.

—¿Está todo pronto?

—A sus órdenes, sir.

—¿Nada sospechoso?

—Nada. La niebla nos protege y nos oculta a los guardias que vigilan en el barco. Si no les desembarco esta noche, ya no podré desembarcarles, porque es el último día de niebla.

—Allá vamos.

—El botero se agarró a una cuerda fuertemente a la borda y se dejó deslizar hasta llegar al bote que se mantenía al flanco del vapor.

En seguida siguiéronle sir Jorge Baker, miss Campbell, su padre y por último Guillermo Jones.

El botero cortó de un navajazo la cuerda, mientras Jones cogía los remos y apoyando la mano en el flanco del vapor apartaba el bote.

Emprendieron la marcha.

Bajaba poco a poco, con todo cuidado, ante el temor de chocar a causa de la obscuridad, con algún barco fondeado.

—¿Ha avisado el coche? —preguntó sir Baker.

—Sí, les espera junto a la Aduana.

—¿Lleva buenos caballos?

Dos animales que en cuanto les sueltan corren más que el viento.

—Perfectamente.

Dos horas después nuestros fugitivos estaban en tierra, pagaban a su salvador, sufrían con toda tranquilidad la visita de la aduana, subían al coche y se hacían llevar a la estación occidental.

A las cinco y media, sir Jorge Baker, Maud Campbell, el señor Touchet y el marinero Jones, sentados cómodamente en el compartimento de un *sleeping*, en el tren que recorre uno de los cinco trayectos ferroviarios que unen Nueva York y Omaha, emprendían la primera parte del viaje vertiginoso a través de pintorescas regiones norteamericanas, impregnadas a veces de una salvaje belleza.

En aquel instante la brisa matutina, despejando el denso mar de niebla, devolvía a la atmósfera una suave claridad.

Allá, hacia el mar, podía verse cómo avanzaban los blancos faroles de un vapor correo que anunciaba su llegada con un silbido largo, ronco e insistente.

¡Aquel vapor, amigos míos, era el *Gascuña*!

A bordo del Federiks.—Una extraña disposición.—Fracaso lamentable. Chicottry procede a una investigación; resultados que consigue.—El cochero y el frío y la estufa.—Nuevos planes.—En donde se demuestra de un modo indiscutible la utilidad... del telégrafo.—El triunfo de Chicottry.—¡Guerra a muerte!

Daban las ocho, cuando de uno de los costados del *Gasuña*, que entraba en el puerto, destacóse un *life-boat* de seis remos y se dirigió, rápido cual una flecha, sobre las tranquilas aguas, al *Federiks*, fondeado e inmóvil.

En la veloz embarcación, además de tres remeros, habían tomado asiento seis personas, que como no tenían motivo alguno de ocultar su identidad, podían ser fácilmente reconocidas: eran el almirante inglés señor Wilson, el teniente Cipriano Bonnet, el malayo Sudharah y el bueno de Chicottry, acompañados de dos agentes de policía franceses.

El *life-boat*, impulsado por brazos forzados, en cuatro bogadas estuvo junto al *Federiks*, y los seis hombres, movidos por una impaciencia febril, se agarraron a una escalera echada desde el barco, subiendo a bordo rápidamente.

Todos los pasajeros estaban indignadísimos, y oíase acá y acullá medias palabras, en las que se traslucía una sorda amenaza, refrenada, por la prudencia; frases embozadas, juramentos en voz baja, balbuceos, alguna protesta en alta voz, y de vez en cuando algún enérgico: «¿Es que no vamos a acabar nunca con esta historia estúpida?»

El capitán del barco, después de haber hablado rápidamente con Chicottry, se subió al puente y haciendo con las manos un gesto de calma y atención, dijo a gritos:

—Tengan ustedes un poco de más paciencia; dentro de una hora quedan en libertad de abandonar el barco.

Un largo y estruendoso «¡Oh!» de satisfacción dejóse oír por doquier, y estallaron algunos irónicos aplausos.

—Entretanto —prosiguió diciendo el capitán dominando el ruido— entretanto... ¡hagan el favor de un poco de silencio si es posible!... entretanto los caballeros, señoras y niños del pasaje harán el favor de reunirse todos a popa: ¡todos! También se reunirán allí los hombres de la tripulación.

La muchedumbre, riendo, murmurando, llena de curiosidad, obedeció desordenadamente, y un cuarto de hora más tarde no había en todo el barco más gente que la reunida en la popa.

Entonces Chicottry, después de haber colocado unos centinelas en una de las escalerillas del castillo de popa para impedir la salida por allí, fué a colocarse al pie de la otra con los dos agentes a su lado, y recomendando al malayo que se fijase bien, ordenó que los pasajeros fuesen bajando uno a uno y desfilando cual si fuesen ovejas.

Quería obrar por sorpresa.

Pero, ¡ay de mí!, ninguna de las personas que buscaba estaba presente: ni el bandido Rodolfo de Barenval, ni Maud, ni el ex director; nadie, en suma.

Ante este nuevo e inesperado fracaso, una profunda arruga de despecho cruzó la frente del excelente agente.

Wilson y Cipriano Bonnet, consternados, desesperados, permanecían aparte mudos e impotentes.

Sudharah, furioso, mordíase bestialmente las manos por no empezar a jurar y blasfemar.

—¡Burlados! —exclamó Chicottry, mirando en torno y apretando los puños—. ¡Burlados!... Pero, sin embargo, la señorita Campbell y su padre estaban a bordo; el mismo capitán me lo ha dicho...

—¿Es el propio diablo aquel bandido?

Volvióse de improviso hacia oído a un pasajero preguntar:

—¿Y sir Baker? ¿Dónde está sir Baker?

—No se le ve —contestó otro.

Chicottry se dirigió a ellos preguntándoles:

—Perdón. ¿Quién es ese señor Baker?

—El amigo inseparable de la familia Touchet.

—¡Ah!

Wilson y los demás acercáronse a Chicottry, quien se hizo describir exactamente a sir Jorge Baker, Guillermo Jones y los miembros de la familia Touchet.

Wilson creyó reconocer en la descripción de Jones a uno de los marineros sublevados, presos en la bodega del torpedero inglés.

El teniente Bonnet confirmó que la joven era su prometida.

El *arang* Sudharah no abrió la boca.

Chicottry, suponiendo que bajo sir Baker se ocultase al jefe de los fugitivos de Nou, empezó una rigurosa investigación.

Toda vez que sir Baker y sus amigos, inocentes o cómplices, no se encontraban a bordo, era lógico pensar que hubiesen abandonado el barco la noche anterior.

¿De qué modo?

Con una embarcación: sobre este extremo no cabía duda alguna.

¿Quién la había proporcionado?

El astuto agente inspeccionó todo el puente; al encontrar la cuerda a que había estado atado el bote la cogió, y al examinarla vió que había sido cortada.

—¿Para qué sirve esta cuerda?

—Para sujetar las embarcaciones.

—¿Se acostumbra a cortar la punta cuando se alejan del barco?

—No; la desatan.

Chicottry sonrióse y dijo:

—Entonces los cuatro se han escapado y por la prisa o el miedo de ser sorprendidos han cortado la cuerda. Ahora, sólo falta averiguar qué botero ha atado un bote a esta cuerda ayer noche.

Esa pesquisa fué más difícil de lo que parecía, pues nadie lo recordaba.

Finalmente, uno de los marineros dijo que podía ser un tal John River, apellidado el *Zurdo*.

—Es preciso encontrarle —gritó Chicottry— a toda costa.

Dos polizontes americanos bajaron a tierra para buscar a aquel *caballero* por el muelle.

John River, apellidado el *Zurdo*, era un antiguo conocido de los puestos de policía, donde había sido llevado infinitas veces por haberle cogido completamente borracho, lo que constituye no pequeña falta entre los austeros hijos de la potente América del Norte.

Los dos agentes le encontraron fácilmente en un fonducho del puerto, propiedad de un genovés, frente a una batería de botellas dispuestas en excelente orden encima de una tosca mesa y le obligaron a seguirles.

El *Zurdo*, interrogado hábilmente por Chicottry, confesó su falta y dijo que había llevado a los viajeros a un coche.

Y no sabía nada más.

Chicottry prometió al borrachín el perdón de su falta si encontraba en seguida al cochero, y el *Zurdo*, después de haber vacilado un poco, acabó por indicar la posada en donde podía encontrar a su cómplice.

Esa vez Chicottry no se detuvo a esperar y bajó a tierra junto con sus amigos para dar caza al cochero.

Wilson no acertaba a divinar la idea del policía francés.

—¿Qué nos importa aquel hombre? —le dijo—. ¿No vé que nos hace perder un tiempo precioso?

—Nos importa muchísimo, porque de él averiguaremos lo que tenemos que hacer.

—No sé!

—Deje que le eche la mano encima y ya verá.

—Así sea.

(Continuará en el número próximo.)



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ESTOY MALHUMORADÍSIMO, CURRINCHE. NECESITO ALGO PARA ALEGRAR ESTE CUERPO, PERO NO TENGO NI UN CUARTO



TAMBIEN YO TENGO UN HUMOR DE PERROS ¿QUIERE USTED QUE LE CONVIDE AL CINE?

OLE Y OLE LOS NEGritos RUMBOSOS



BUENO, ME TENDRA USTED QUE PASAR ES CON DIDO EN SU ABRIGO PORQUE YO NO TENGO DINERO MAS QUE PARA UNA ENTRADA

COSQUILLITAS NO, CURRINCHE



SI ES QUE ESTOY YA IMPACIENTISIMO POR VER A CHARLOT

EL ABRIGO HAY QUE DEJARLO EN EL GUARDARROPA, CABALLERO



CINE

¡HAY QUE VER LO QUE PESA EL ABRIGUITO!



COMO QUE ES DE UNA PIEL RIQUISIMA. YO CREO QUE LO MENOS DEBE DE SER DE ELEFANTE

¡AY, QUE ME TRONCHO! ¡QUE ME TRONCHO! ¡QUE GRANDE ERES, CHARLOT!



¡QUE SE CALLE ESA CACATUA!



7 28 29 30 31 32

LE HA LLEGADO A DON TURULATO SU ULTIMA HORA. EN CUANTO SALGAMOS A LA CALLE ME LO COMO CRUDO. ¡QUE LÁSTIMA DE HOMBRE!

¡QUE! ¿LE HA GUSTADO CHARLOT?



HA ESTADO COLOSAL. HAY QUE VER LO QUE ME HE REIDO. YO CREI QUE ME DABA ALGO!

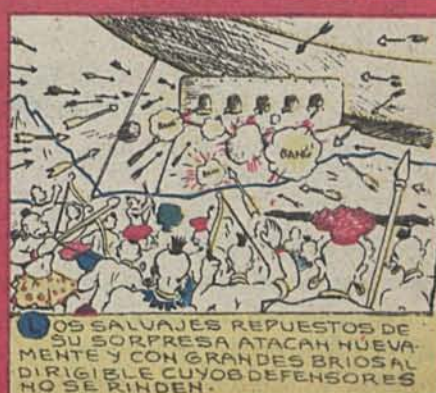
¡AY, AY, AY! ¡CURRINCHE NO SEAS BARBARO Y SUELTA ME ESA TAJADA AHORA MISMO! ¿QUIEN TE HA ENSEÑADO A MORDER?



A MI, NADIE LO QUE SE ES DE AFICION NADA MAS



POLITO EN LA CIUDAD DE ORO





CUENTOS DE CALLEJA

LAS RIQUEZAS DEL SABIO

Cashillo

TENGO un amigo que se consagra a la Química. Una tarde me dijo: «Conozco a un anciano muy sabio que se ha retirado a una pequeña casa de las afueras de la población para hacer experimentos acerca de la cristalización de los diamantes y otras piedras preciosas. ¿Quieres que le visitemos?»

Inmediatamente acepté la invitación, encantado de poder aprovechar una ocasión tan peregrina.

Mientras marchábamos, mi amigo me dio algunos detalles acerca de la fabricación de las piedras preciosas. Los sabios se ocupan en este asunto hace largo tiempo, y son muchas las tentativas que se han realizado para obtener diamantes artificiales. Al fin se sabe de un modo positivo que el diamante no es más que carbono cristalizado, y sobre este producto se han dirigido los experimentos; pero los cristales que se han obtenido son más impuros y más pequeños que los naturales, y su coste es tan grande que, hasta ahora, la experiencia ha sido considerada como mera curiosidad científica. Llegamos a la casa del sabio. Mi amigo me advirtió que no le gustaban las visitas, y que probablemente nos recibiría con desdago, pues yo era ajeno a estos estudios y recelaría de mí.

El químico nos abrió la puerta.

Era un viejecillo pobremente vestido, y su rostro no ofrecía nada de particular. Parecía imposible que un hombre semejante pudiese tener talento. Yo, que hasta entonces no había visto ningún sabio de cerca, me lo imaginaba con otra cara, con un no sé qué de superior a los demás hombres.

Acogió a mi amigo afectuosamente; pero observé que me miraba con desconfianza, a pesar de los elogios que de mí le hizo mi compañero.

Nos guió a través de un jardín bastante mal cuidado. En el fondo estaba su laboratorio, que era una casucha ruinosa. El sabio había hecho derribar todos los tabi-

ques para formar una sola habitación espaciosa y elevada. Tenía allí una multitud de aparatos de forma caprichosa, cuyo uso me era desconocido, y por todo mobiliario, un banco y una mesa de madera.

En esa extraña habitación me esperaba un deslumbramiento inconcebible. A lo largo de las paredes y en el suelo había grandes canastos viejos, llenos hasta los bordes de piedras preciosas de distintos tamaños. En cada cesto había una clase diferente de piedras. Los rubíes, las amatistas, las esmeraldas, los zafiros, las

turquesas, los ópalos, los diamantes negros, amarillos, rosados, estaban amontonados en los rincones como carretadas de piedras a la orilla de los caminos, y brillaban con esplendor vivísimo, iluminando la sala con su centelleo irresistible. Parecían braseros de carbones encendidos, con destellos verdes, rojos, violáceos, azules, rosados. Me parecía que había allí millones de ojos de hadas que se reían en la sombra, a flor de tierra. En ningún cuento de *Las mil y una noches* se da idea de un tesoro tan inmenso.

No pude contener un grito de admiración.

—¡Qué riqueza! —exclamé—. ¡Hay aquí lo bastante para comprar el mundo!

El anciano se encogió de hombros, mirándome con aire de profunda compasión.

—Cada uno de estos montones me cuesta sólo algunas pesetas; por consiguiente, valen muy poco —me dijo con voz grave—. Podría sembrarlos como grava y apisonar con ellos mi jardín sin arruinarme.

Después, dirigiéndose a mi amigo, le dijo, cogiendo puñados de piedras y dejándolas caer a modo de cascada:

—Fíjese usted en estos rubíes. Son de un tamaño superior a los más grandes que se conocen. Las esmeraldas me resultan demasiado puras; en las naturales se encuentra siempre alguna mancha, y no quiero que





los niños son mejores... Pero estoy muy apenado por no haber podido fabricar todavía los diamantes blancos. No descanso en esta tarea, y si el éxito corona mis esfuerzos, podré morir feliz.

—Entonces —dije— será usted el hombre más rico de la tierra.

—No tal —contestó—; me limitaré a publicar un libro en que dé cuenta de mis experimentos y de la manera de practicarlos. Con esto perderán su pretendido valor las piedras preciosas, y el mundo nada perderá con ello, al contrario.

—Pero ¿teme usted que le roben? Veo que ha puesto en la puerta y las ventanas gruesos barrotes de hierro; lo hace usted, sin duda, para impedir un asalto.

—Es verdad, tengo miedo algunas veces —murmuró—; miedo de que algún imbécil me mate antes de que pueda descubrir el diamante blanco... Esos pedruscos, que mañana carecerán de valor, excitan hoy la codicia de mis herederos. A éstos es a quienes temo; saben que, quitándome la vida, sepultarían conmigo los secretos de mi fabricación y aprovecharían así todo el valor ficticio de este falso tesoro.

Y el anciano quedó pensativo. Nos había hecho sentar encima de los montones de diamantes.

Tenía la mano izquierda escondida en el cesto de rubíes, y con la derecha dejaba caer maquinalmente puñados de gruesas esmeraldas, de igual modo que los niños hacen correr la arena entre sus dedos.

—¡Cuán necia es la humanidad! —añadió—. Todo esto es menos que tierra, y los placeres que con ello se consiguen, menos que humo, fuerza perdida... ¡Ah, jovencillo! —continuó—. Si fuese tan tonto como otros, podría divertirme más que Sardanápalo y Baltasar, o

ser el hombre más poderoso de la tierra; pero todo eso es vanidad y locura. La riqueza que nadie puede destruir ni mermar es la buena conducta y el amor al trabajo.

Oyendo al anciano experimentaba extraña fascinación. A pesar de lo que decía, la pedrería me deslumbraba con sus luces rojas, verdes, amarillas, violáceas, rosadas, azules.

Había cerrado con fuerza las manos; en la izquierda tenía un puñado de rubíes, y en la derecha otro de esmeraldas. Y, ¿a qué mentir?, experimentaba un deseo irresistible de ocultar aquella carga en mis bolsillos. Pero venció a mi codicia el sentimiento de mi honradez; dejé las piedras y me levanté, sintiendo sobre mí la compasiva mirada del sabio.

Sin duda, para darme una lección, se levantó el noble anciano, se aproximó a uno de sus hornillos, y, poniendo en él un crisol, echó dentro una tierra encarnada.

—¿Ve usted —me dijo— esta sustancia cuyo valor es insignificante? Pues dentro de un momento la verá convertida en un hermoso rubí oriental.

Tocó un resorte, y un torno eléctrico comenzó a funcionar. El crisol se puso al rojo blanco y comenzó a despedir densísimos vapores. Al cabo de un buen rato apagó el fuego y cesó la ebullición del contenido del crisol; dejó que se enfriara lentamente y, por último, sacó del fondo un hermoso rubí muy transparente.

—Vea usted —dijo— en qué consiste la ambición de los humanos. Se afanan por llevar adornos que no son más que tierra cristalizada. Pero ahora verá usted más. Estos diamantes, transparentes como el agua, más duros que el hierro y brillantes como diminutas estrellas, no son más que pedazos de carbón cristalino.

Y, cogiendo un puñado de ellos, los lanzó a la lumbre. Al momento se consumieron, despidiendo de sí una intensa llama azulada.

Entonces desperté. Todo había sido un sueño. Y ahora, cuando pienso en ello, se me ofrece como un sueño que quizás algún día podrá realizarse. La ciencia convierte en hechos muchas cosas que creemos prodigiosas.

Pero sobre todo, la frase que más recuerdo y medito es aquella frase del sabio: «La riqueza que nadie puede destruir ni mermar es la buena conducta y el amor al trabajo».

FIN





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Quiero que hoy me hables del coral. Yo sólo sé que el coral se cria en el fondo de los mares, que es una substancia de un rojo muy agradable a la vista y que con ella se hacen collares, pendientes, pulseras y muchos objetos de adorno. También he oído hablar de los bancos de coral y de los buzos que bajan a las profundidades marinas a buscarlo; pero no sé más amigo buho. Necesito de tu sabiduría para que me pongas al corriente de una porción de dudas que tengo acerca del coral. ¿Es una planta? ¿Es un mineral? ¿Es un sér con vida?

—Estas dudas que tú tienes las han tenido hasta los mismos naturalistas durante miles de años. Actualmente está explicada con toda claridad la formación del coral. Hubo tiempos en que se creyó que el coral era una planta que crecía en el fondo de los mares.

—Yo no creo que pueda haber una planta de dureza semejante.

—Ni puede haberla, querido Chonón; pero se explicaban diciendo que el coral era una planta de materia blanda mientras permanecía en el fondo del agua; pero que en cuanto se la exponía a la acción del aire se endurecía rápidamente. Al fin, las exploraciones de los buzos pusieron en claro que el coral es tan duro en su yacimiento como en otro lugar cualquiera.

—Entonces queda descartado que no es una planta. Yo me inclino a creer que es un mineral.

—Ahora te diré lo que es. No te impacientes y escúchame. En el mar vive una especie de animalitos de tamaño muy pequeño que se llaman pólipos del coral. Estos animalitos son de estructura muy blanda. Son como trocitos de gelatina, y se alimentan de ciertas substancias que extraen de la propia agua en que viven.

—¡Qué dichosos! ¿Verdad, buho? Fíjate qué bien viviríamos nosotros si pudiéramos extraer los alimentos del aire que respiramos.

—Y, sobre todo, qué económica nos resultaría la vida. Estos animalitos tienen la propiedad de extraer del agua del mar el carbonato de cal, que después de filtrarse por la substancia gelatinosa de su cuerpo la segregan para construir con ella sus viviendas.

—Lo mismo que las abejas.

—Ciertamente. Y del mismo modo que las abejas se agrupan en colonias para construir sus edificios de cera, así los pólipos se reúnen también por miríadas para trabajar en la construcción de sus casas, y estas casas son el coral. La agrupación de muchas casas de coral, o lo que pudiéramos llamar una ciudad de pólipos, se la conoce con el nombre de políperos, y hay ciudades de estas tan popu-

losísimas que llegan a formar verdaderos bancos, muy peligrosos para la navegación y a veces son las viviendas de coral de tanta altura, que salen a la superficie del agua y forman islas y archipiélagos.

—Tendrán que trabajar muchos millones de pólipos para que sus construcciones lleguen a alcanzar ese volumen tan formidable.

—No puede calcularse siquiera la cantidad de estos animalitos que viven en una colonia. Baste decirte que junto a la isla de Nueva Caledonia se extiende un arrecife de coral cuya longitud es de 600 kilómetros.

—¡Qué enormidad, amigo buho! ¿No me exageras?

—No te exagero, Chonón. Y para que aumente más tu asombro te diré que frente a la costa de Australia hay otro arrecife que alcanza más de mil kilómetros de largo. ¿Qué te ha parecido?

—Que lo creo porque tú me lo dices, y sé que no faltas nunca a la verdad.

—Puedes estar seguro de que es así. Claro que esta obra es el fruto de muchas centurias de trabajo, y que cuando una generación de pólipos desaparece viene otra a ocupar la vivienda o esqueleto de sus antecesores.

—¿Y no destrozan estos arrecifes los furiosos temporales del Océano?

—No pueden con ellos ni las olas ni los vientos; y, en cambio, hay una clase de gusano marino que, a pesar de su diminuto tamaño, consigue perforar el coral y destrozarlo en pequeños pedazos. Esta es la causa de que frecuentemente arrojen las olas a las playas grandes cantidades de trozos de coral.

—Es interesantísimo. Y dime, amigo buho, ¿son habitables estas islas formadas con coral?

—Perfectamente habitables. Y tanto es así que en cuanto una de estas islas nace para el mundo, es ocupada en seguida por seres humanos si la situación de esta isla es ventajosa para su comercio o industria. Con unos troncos de árboles se construyen las primeras viviendas, y poco a poco va surgiendo el poblado, y luego quién sabe si la ciudad.

—No creía que la importancia del coral llegase al extremo de crear nuevas tierras al hombre. Cada vez que me hablas vas descubriéndome una cosa nueva. Por eso tengo siempre deseos de verte para charlar contigo. ¿Cuándo nos veremos otra vez?

—El próximo domingo, como siempre.

—Entonces, hasta el domingo, amigo buho.

—Adiós, Chonón.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JUNIO

FALLO DEL JURADO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

- Primer premio..:** Luis M.^a Revuelta.
Segundo premio: Jesusa Pardo.
Tercer premio..: Isabel Jáuregui.
Cuarto premio..: Manuel Gómez Sandino.
Quinto premio..: Juanito P. de Isasa.

ACCESITS consistentes en un DIPLOMA con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Rafael del Río, Manuel Corbalán, Alfredo Latorre, Jerónimo Riza, M.^a de los Angeles Franco, Arturo Fernández, Enrique Huerta, Casimiro Hortelano, Paquito Sanz, Honorio Rincón, Pilar Romero, Rosario Sancho, Ramón Montejano, Isaias Montero, Martín Herráiz, Carmen Peytavi, José Zamorano.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con **accésit** deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

PREMIOS A LA COLABORACION PINOCHISTA DEL MES DE AGOSTO

FALLO DEL JURADO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

- Dibujos...** { **Primer premio..:** Martín Lillo.
 { **Segundo premio:** Miguel Almiñana.
Cuentos... { **Primer premio..:** Salvador Samá.
 { **Segundo premio:** Antonio Carvajal.

ACCESITS consistentes en un DIPLOMA con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Dibujos.—M.^a Salomé Baldasano, A. Mondéjar, Víctor Fernández, Julián Orden, Angel Laborda, Luis Guerrero, Simón Serrano, Luis García de Marco, Petra L. Navarro, L. Campo, Evencio de Castro, Luis Santuré, M.^a Amelia Neyra, V. José Gil, F. Chavarri, Manuel Nieto, Octavio Alvarez, Elena Mata, Arturo Laplana, María L. Ferrer, José Alemany, José Paredes, Vicente Pedrera, Jorge V. Radaelli, Josefina Baschwitz, Ramón Pacheco.

CUARTO GRAN SORTEO DE REGALOS

PARA TODOS LOS PINOCHISTAS

Los cinco primeros premios de la Lotería Nacional sorteada el día 22 de Diciembre de 1927 han sido los siguientes:

- 1.º **Antonia Sanz Cuadrado.**
- 2.º **Dolores y Guadalupe Muro Martín.**
- 3.º **Alfonso Pérez Cuesta.**
- 4.º **Juan Manuel Gil Crespo.**
- 5.º **Luis Acebo Lahoz.**

Revisados uno por uno los números enviados por los Pinochistas, resulta que ninguno ha tenido la buena vista de acertar exactamente los números premiados. Pero varios le han andado muy cerca, y los más certeros se llevan los premios según se anunció. Son los siguientes:

PRIMER PREMIO:

Señorita Antonia Sanz Cuadrado, de Madrid, que eligió el número **10.128**. Le corresponde, pues, el magnífico **AUTO CITROEN**.

SEGUNDO PREMIO:

Señoritas Dolores y Guadalupe Muro Martín, de Zaragoza, que eligieron el número **50.005**. Les corresponde, por tanto, la estupenda **BICICLETA**.

TERCER PREMIO:

Don Alfonso Pérez Cuesta, de Barcelona, que eligió el número **39.039**. Le corresponde **DOSCIENTAS PESETAS EN DINERO**.

CUARTO PREMIO:

Don Juan Manuel Gil Crespo, de Madrid, que eligió el número **45.306**. Le corresponde el **BAUL TROUSSEAU DE MUÑECA**.

QUINTO PREMIO:

Don Luis Acebo Lahoz, de Buenos Aires, que eligió el número **24.948**. Le corresponde **CIEN PESETAS EN DINERO**.

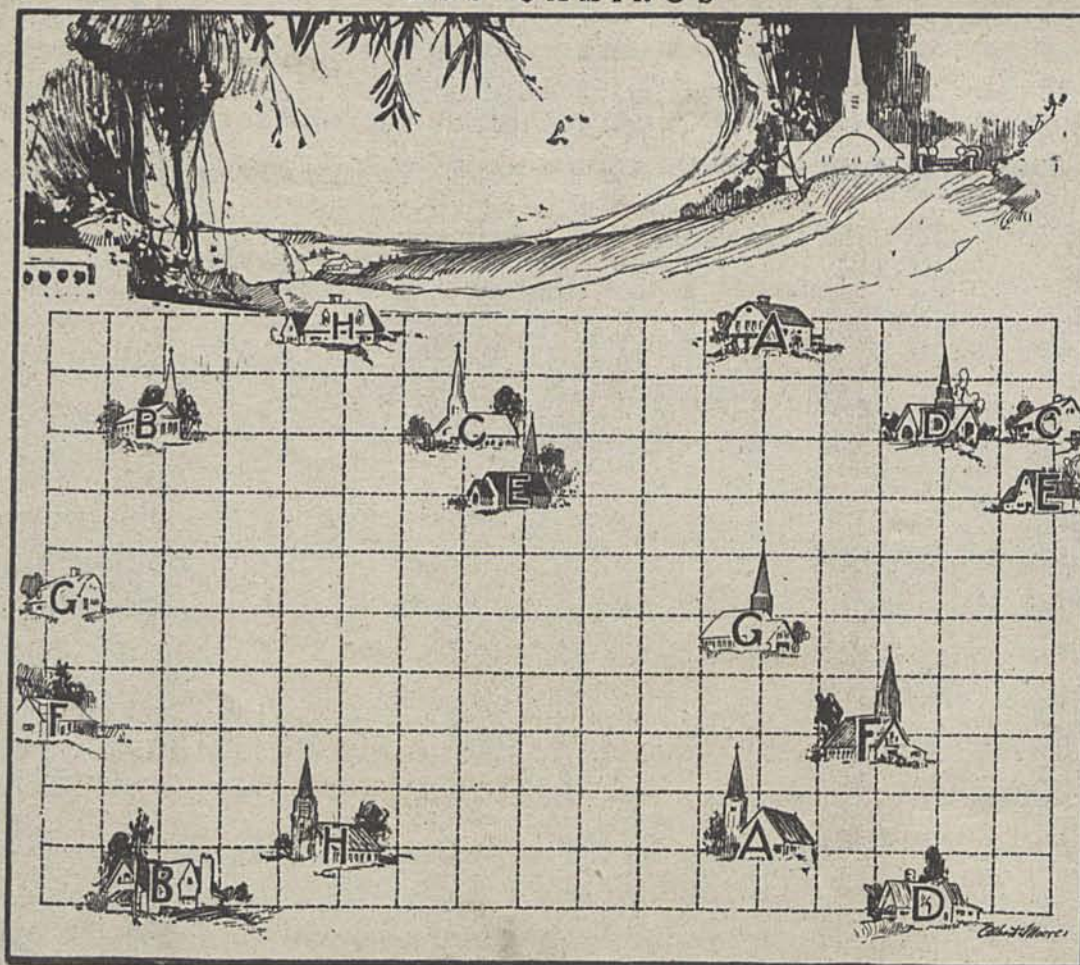
PINOCHO felicita efusivamente a sus amigos premiados y les comunica que los premios están a su disposición en la calle de Valencia, núm. 28, donde se entregarán a los interesados, que deberán acreditar su personalidad a nuestra satisfacción.

El derecho a retirar los premios caduca a los tres meses de publicarse el presente número.

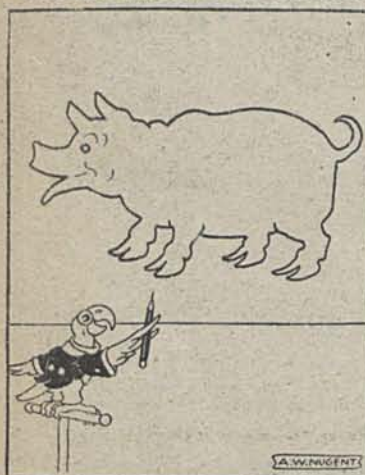
CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ENERO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS CAMINOS



LA MUERTE DEL COCHINO



Estamos en plena época de matanza. Ha llegado el momento de que matemos al cochinitillo. Este cerdito debeis dividirlo en veinte trozos para salarlo y conservarlo. Esta división la haréis con solo trazar sobre el cuatro líneas rectas. Así me lo comunica doña Laura, la cotorra indiscreta.

Tenemos ocho casitas y ocho iglesias. Los vecinos de estas casas necesitan ir a misa, y no hay caminos que a las iglesias conduzcan. Vosotros vais a ser los ingenieros que tracen estos caminos. Uno debe partir de la casa A e ir a la iglesia A. Otro, de la B a la B. Otro, de la C a la C; y así sucesivamente hasta el final. Estos caminos deberán seguir determinadas líneas de la cuadrícula, pero jamás juntarse ni cruzarse.

CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES 154
DE ENERO

Envío del Pinochista D.

.....

.....

.....

ROMPECABEZAS



Trazad dos líneas que partan de la boca del buho y termine cada una en un ratón. Otras dos, desde la boca del gallo hasta cada una de las lombrices; y otras dos, desde la boca de la rana hasta las moscas. Estas líneas no podrán cruzarse ni tocarse.

COLABORACIÓN DE LOS PAPÁS PINOCHISTAS

PINOCHIO brinda con gusto las columnas de su revista a la **COLABORACIÓN DE PAPÁS DE NIÑOS PINOCHISTAS**, para que traigan a ellas, en amena alternativa de deleite y enseñanza, rasgos del noble e ingenuo sentimiento infantil, tan abierto al espíritu observador de los papás.

En el próximo número inauguraremos esta Sección, que se titulará "**COLABORACIÓN DE LOS PAPÁS PINOCHISTAS**", con una linda carta que el genial arquitecto e insigne académico **Don Teodoro de Anasagasti** dirige a sus hijitos desde Granada.

VIDA PINOCHISTA

La Pinochista Pilar Figuerola, Huertas de la Guarnición, casa del comandante Figuerola, Ceuta, desea cambiar con otras pinochistas fotografías de su país por fotografías de otras regiones de España y de América para formar un álbum que contenga reproducciones de todos los lugares don de se habla español.

La misma Pinochista Pilar Figuerola, que vive en Ceuta, Huertas de la Guarnición, casa del comandante Figuerola, desearía que otra pinochista aficionada a la filatelia sostuviese correspondencia con ella para cambiar mutuamente ejemplares repetidos.

Lolita Fernández Martínez, que vive en Bilbao, calle de Gardoqui, 7, 1.ª, desea escribirse con una pinochista cubana de unos trece años, que la escriba contándole cosas de su vida y de Cuba una vez al mes para contestarle puntualmente con relatos de la suya y de Vizcaya.



Pilar Romero.
Madrid.



Encarnación Mateos.
Valladolid.



Araceli Casajús.
Segovia.



Teresa Morales Vara de Rey.
Collado Villalba.



Raimundo P. de Gracia.
Madrid.



Francisco José Arregui.
Madrid.

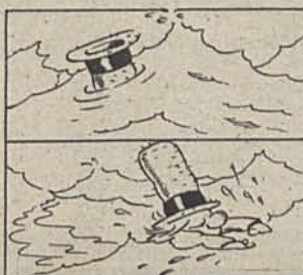


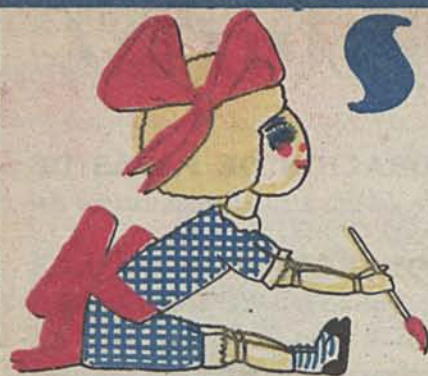
Carmen Urrutia.



Antonio Díaz Sánchez.
Madrid.

¿QUÉ
PINOCHISTA
QUIERE
DIBUJAR
LAS CARAS
DE LOS
PERSONAJES
DE ESTA
HISTORIETA?





SECCIÓN PIRULA

PIRULA, COCINERA

Receta de Enero:

Picatoste de setas.

¿Os acordáis que el domingo último os prometí daros una succulenta receta de

setas? Pues bien; con este motivo he recibido la siguiente cartita:

«Señora Doña Pirula.

Mi queridísima muñequita: Estoy muy asustada porque dices que nos vas a dar una receta de setas. Y yo tengo que comunicarte que no he comido setas nunca, en los años de mi vida —que son ocho y medio—, porque me dan mucho miedo: temo envenenarme.

Así es que perdóname que por esta vez no pruebe ese plato que dices que nos vas a enseñar. Las demás recetas que nos has dado, se han hecho en mi casa y me han gustado mucho.

Siento mucho que se te ocurra indicarnos una cosa tan peligrosa como son las setas.

Te abraza tu fiel pirulinda, un poquito disgustada,

Pilarín Romero.»

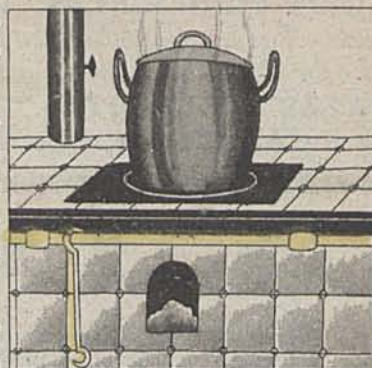
Siempre me da alegría recibir cartas de mis lectoras; ésta, además, me ha hecho —perdóneme Pilarín, la miedosilla— mucha gracia. Perdóneme, repito, y tranquilícese doña Pilarín.

Claro que eso de las setas no es cosa de juego; en esto tiene razón Pilarín, y bueno es tener cuidado; por ejemplo: constituye una grave imprudencia comer setas cogidas en los bosques, o compradas a vendedores que no son de toda confianza. Pero las setas

compradas en buenas casas son, además de riquísimas, inofensivas. Sin contar con que mamá dispone de mil medios para cerciorarse de su bondad; ahí va un medio más, por si no lo conoce:

Se corta una gruesa cebolla en tres o cuatro pedazos, se echan con las setas en agua hirviendo y se dejan hervir unos veinte minutos.

Si al cabo de este tiempo la cebolla sigue blanca, las setas son inofensivas; pero son venenosas, casi con seguridad, si la cebolla se vuelve negra. Conviene advertir que este medio no es aplicable siempre;



son muchas las maneras de acomodar las setas, para las cuales no conviene que hiervan tanto tiempo.

Y ahí va ya la receta prometida:

«Se coge medio kilo de setas de un tamaño regular y se les quita el tenue pellejo que las cubre; se ponen en agua con una cucharada de vinagre; se pone en la lumbre una olla con bastante agua, y cuando hierve se echan las setas y se las deja hervir cinco minutos.

Se retiran de la lumbre, se escurren y se echan en una salsa bechamel, a la cual se le añade una trabazón, como sigue: se diluye una yema de

huevo con un poco de leche y de zumo de limón y se vierte en la salsa, fuera de la lumbre, sin dejar de menear, a fin de que no se corte el huevo.

Por otra parte, se fríe un picatoste grande, se coloca en una fuente y se echan las setas, con su salsa, encima.»

Deben servirse en caliente, pero cuidando de que no hiervan.

